



Discurso del doctor Carlos Lozano y Lozano en el  
sepelio de Monseñor Rafael María Carrasquilla

**A** a hundirse en el polvo la humanidad excelsa de monseñor Carrasquilla. Había ascendido por las sendas ásperas del esfuerzo y del dolor hasta la colina acariciada por los vientos de la eternidad, donde con la austera y reposada actitud que infunde a sus elegidos la sabiduría encendida en el fuego de la santidad, ocupaba el primero y el más alto de todos los lugares en medio del grupo de excepción de los colombianos eximios.

Algo así como un estremecimiento anheloso de leticia y de amor agitará la tierra de la república al sentir la corporal estructura de este varón admirable, confundirse con ella al fin, en el íntimo y misterioso contacto del cual han de surgir mañana flores cándidas y fragantes que perpetúen a los ojos de los hombres el candor inmaculado del alma pura, que al abandonar para siempre su temporal apostolado, deja en la orfandad a millares de ciudadanos de Colombia, que lo llamamos en vida con algunas de las más dulces palabras del idioma humano: padre, maestro, amigo.

Hoguera alimentada de exquisitos aromas, ímpetu siempre renovado hacia el ideal, campana de plata sonora cuyo tañido reflejaba las palpitations de la patria, holocausto de fe y de amor, remanso diáfano,

sereno y hospitalario, donde toda amargura, donde toda miseria, donde toda inquietud halló siempre un alivio, eso fue el hombre a quien rendimos hoy el tributo perdurable de las lágrimas.

No suelen encontrarse reunidas en la humana naturaleza, las raras excelencias que en armoniosa conjunción integraban la personalidad de monseñor Rafael María Carrasquilla. De los hombres de su época pudo haber algunos que lo superaran en una cualquiera de las manifestaciones de su proteica actividad. Nadie se elevó hasta la altura de aquel conjunto de atributos que hizo de él, dentro de la república, como un centro de irradiación, como una severa cátedra de entereza y de decoro, como una protesta tremenda contra todo abuso, contra toda iniquidad, contra toda claudicación.

Carrasquilla amó a Colombia de una manera tan honda, tan intensa, tan desesperada, podríamos decir, que en su culto de patria llevó el fervor hasta los mismos linderos adonde con sus alas magníficas lo condujo la fe en Dios, la fe en la religión católica, que saturaba su espíritu y había llegado a ejercer sobre el curso de su vida el mismo irrevocable influjo de sus propias condiciones orgánicas de temperamento. En su amor a Colombia Carrasquilla demostraba la ternura, la emoción, la palpitante y casi angustiada solicitud, la arrebatada vehemencia, la vibrante fiereza con que los hombres leales al sentimiento, grandes de corazón, aman a la mujer que comparte con ellos el pan y el esfuerzo. Pero su amor era a la vez el resultado de una convicción filosófica, el imperativo del deber, la expresión más hermosa de su contextura moral. Era un solemne espectáculo verlo y escucharlo cuando una peligrosa cuestión de estado amenazaba al país. Su actitud recordaba entonces las actitudes heroicas de sus antepasados. Rendido ya por la dolencia que lo ha traído al sepul-

cro, lo vi hace poco tiempo erguirse como en sus mejores días para conjurar una delicada situación internacional. Guardo el convencimiento de que habría practicado sin vacilar, si la ocasión hubiera llegado, aquella frase suya inolvidable que causó en Lima al general Pershing una inmensa impresión: Sólo hay algo más hermoso que vivir para la patria y es morir por ella.

Era un maestro que enseñaba por la mera virtud de su presencia. Cada uno de sus actos era una lección silenciosa. Acercarse a él era someterse a su ejemplo. Someterse a su ejemplo era luchar sin tregua por depurar el propio barro mortal, en una indefinida aspiración hacia lo más noble y lo mejor. Carrasquilla educaba juventudes. No creyó nunca que fuera suficiente instruírlas. Sus enseñanzas científicas y filosóficas podrán ser combatidas. Nadie podrá decir jamás que desde ninguna otra cátedra se haya exaltado mejor las virtudes ciudadanas. Nadie podrá decir jamás que un rosarista haya traicionado a la patria.

Era uno de esos caracteres tallados en basalto que recuerdan en los tiempos actuales la austera entereza de aquellos senadores patricios que permanecieron enhiestos sobre sus bancos de marfil, cuando la población de Roma se ocultaba despavorida ante la invasión de los galos. Hacedero fue siempre para él decidirse en las circunstancias premiosas y difíciles: está siempre abierta la senda del honor y del deber. Aquel agudo y nunca fallido dón de consejo que hacía acudir hasta su intimidad a los ánimos atormentados por la congoja o la duda, procedía, ante todo, de la integérrima estructura de su carácter y la paternal severidad con que imponía en el momento preciso una alta norma de vida.

Monseñor Carrasquilla, fundamentalmente sincero y leal consigo mismo, supo comprender con discreto se-

ñorío su propio valer, y no se sustrajo al aplauso con falaces protestas, ni con pueriles balbuceos.

Tales actitudes repugnaban a su noción del decoro. Cuantas veces llegó la hora de hacer respetar los altos fueros de los cargos que ocupó, su apostura fue tan gallarda y arrogante como lo demandaba la tradición de los viejos hidalgos españoles de cuya cepa procedía. Pero su dignidad no fue, nunca, soberbia. Para quien como yo se vio favorecido por el constante comercio y la pródiga amistad del gran caballero, fue motivo de honda meditación el anotar cómo el mismo varón que tuvo a raya muchas veces a quienes ejercían el poder, observaba la humildad en grado heroico con los desvalidos, los miserables y los pobres de espíritu. Jamás tuvo el maestro más ambición que el bien de los otros. La pobreza disciplinaria que presidió su casa da testimonio de una austeridad de cartuja. Mis ojos contemplaron con emocionado estupor al través de los años, la mesa de bruta madera y sin alivio de pintura donde fue escrita la oración fúnebre de León XIII.

Hice, como homenaje implícito a monseñor Carrasquilla, en el último acto público a que asistió en su vida, el elogio de la elocuencia. El orador—dije entonces—ha de ser la flor de sus contemporáneos. Reunirá al saber vasto y vario, acumulado en largos años de elaboración mental, una destreza descollante en el arte de razonar. Poseerá la índole y el genio de su lengua con tal profundidad, que pueda encontrar siempre el léxico, la forma sintáctica y la armonía verbal que sean adecuados para cada situación y para cada asunto. Estará dotado de una voz poderosa, rica en todos los tonos, capaz de expresar lo patético, lo solemne, lo sencillo y lo irónico con particulares inflexiones. Voz sonora, que maltrate y acaricie, que resuene a veces como el trueno y apenas se deje escuchar a

veces, como el rumor de la fuente. Será maestro cumplido del gesto y de la acción que integran la elocuencia, traduciendo en forma casi plástica la vivacidad de los pensamientos. Sus concepciones serán tan sólidas, tan amplias y tan penetrantes, como es tumultuoso y flúido el desborde de su palabra. Pero a pesar de que sin tales cualidades no podrá calificarse a nadie como príncipe de la oratoria, ellas no son al orador sino lo que es al templo griego el peristilo. La grandeza de alma, la elevación de los sentimientos, la austeridad y la firmeza de los propósitos, la devoción apasionada por el ideal, la fe en los principios sostenidos y la lealtad para defenderlos contra todo y contra todos, son las virtudes que relievan y perpetúan en la historia el excelso influjo del orador.

Dije también entonces: Por lo que hace al orador sagrado, que erigiéndose en doctor de las naciones, se esfuerza desde la cátedra circundada por una auréola ultraterrena, por crear el milagro de la fe en el corazón de los hombres, su misión augusta lo eleva a tal punto sobre la sociedad que lo escucha con embelesado recogimiento, que le permite prestarle a su elocuencia tal majestuosa grandeza, tales acentos de soberana autoridad, tal magnificencia de formas, tal libertad para exaltar los valores morales y para azotar el menguado esplendor de que se viste la concupiscencia, que nunca las fulguraciones de la mente penetran tan hondamente las almas, las sacuden y avasallan, como cuando se propagan, desde las alturas del púlpito por los ámbitos silenciosos de las catedrales.

A tal punto era monseñor Carrasquilla orador consumado, que al ensayar la alabanza del orador, se ensaya a la vez el elogio de su persona selectísima.

Republicano ferviente, convencido, irrevocable, no transigió nunca con los amagos dictatoriales. Graves y

tajantes palabras, de serena altivez, de candente reproche, escucharon todos aquellos que solicitaron su adhesión o al menos su tolerancia, después de quebrantar los mandatos constitucionales. Su osadía llegó algunas veces hasta el desacato. Nada intimidó en semejantes horas su intrépida energía y nunca nadie se atrevió contra él. La república ha perdido hoy uno de sus ideales arquitraves, al perder a la vez a un príncipe de la Iglesia a quien no hubiera exaltado en un codo, el palio arzobispal que no le fue discernido. «Si Carrasquilla hubiera vivido en Europa—me dijo un día el Cardenal Vico, que era entonces el mayor personaje de la cristiandad después del Pontífice—llevaría hace ya tiempos, la púrpura romana».

Literato completo, erudito, filósofo, escritor impecable, algunas de cuyas páginas pertenecen ya al patrimonio clásico de la lengua española, señor de la teología, feliz discípulo de los latinos y los griegos, apasionado por cualquier manifestación de la belleza, historiógrafo y sagaz investigador, el rector a perpetuidad del Colegio del Rosario, fue también un *causeur* que deleitó a cuantos le trataron, un hombre de mundo que parecía educado para embajador. Su porte, su apostura señorial, la noble elegancia con que llevaba el traje talar, la gentileza de sus maneras, no fueron jamás menos admiradas que sus ejecutorias mentales.

He dicho el rector a perpetuidad del Colegio del Rosario. Su tarea fue allí sorprendente por la intensidad y las dilatadas repercusiones, por la insomne tenacidad y los fecundos resultados, por la largueza y amplitud del criterio con que fue llevada a término, por la comprensiva tolerancia con que dejó siempre a los discípulos, pensar y orientarse libremente por las sen-



das complejas de la inteligencia. Con nobilísima solicitud y con abnegación singular, consagró treinta y siete años de su vida a formar en ese claustro glorioso—que renació con clarísimos esplendores bajo su mano, que él veneró con toda su alma y cuyas tradiciones immaculadas supo conservar y renovar—varones dignos de la raza y de la patria.

El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario llora hoy a su segundo fundador. No acierto a concebir cómo pueda vivir el Instituto, privado de su amparo. Los padres de la República que allí templaron sus corazones, acogerán con suave leticia en las regiones inmortales, a quien encarnó su espíritu en otra época, de manera sapiente. Los hijos de la casa de Fray Cristóbal de Torres volvemos los ojos húmedos y azorados a la figura del prócer muerto y pensamos que el único consuelo de esta hora de prueba es la certidumbre de no poder consolarnos.

Abandono mi espíritu desolado al goce torturante de la evocación. En todas las ocasiones solemnes, graves, dulces o amargas de mi vida, la imagen venerable, acogedora, tutelar, de monseñor Carrasquilla me estimula, me conforta, me acompaña, o hace más suave y hondo mi propio regocijo.

Lo veo una vez, cuando niño todavía, en medio del juego un accidente inesperado me estremece de dolor y vierte la sangre de mis venas; apenas estuvo a mi lado, sentí vergüenza de llorar y me arrojé en sus brazos con filial actitud. Lo veo junto al lecho de mi hermano mayor casi moribundo. Lo veo el día en que se abrieron, delante de mí, para no volverse a cerrar jamás, las puertas severas del Claustro amadísimo. Lo siento apretarme contra su corazón en cada uno de mis pequeños triunfos escolares. Reconstruyo con deleite aquellos tres años en que tuve el privilegio de ser su

secretario, el oyente de sus mejores lecciones, el amanuense de sus escritos perdurables. Pláceme recordarlo en Lima, durante el centenario de Ayacucho, cuando la gloria le dio su último aletazo y todas las naciones escucharon subyugadas su elocuencia. Me parece, por último, que vivo otra vez aquel alado instante en que besaba mis mejillas, llorando, el día de mis bodas. Pienso en mi padre que no podrá reponerse de la pérdida de este amigo, entre todos los de su corazón, respetado y dilectísimo. Quema mis ojos el limón de oro de las lágrimas. La caja negra que estoy viendo, lleva a mi alma el hielo de la muerte.

Bien hicieron los colegiales del Rosario al darme el encargo de decir estas palabras que sólo aspiran a ser una plegaria humilde. No puede nadie colocarse a la altura de esta grandeza abatida y de esta congoja pública. El balbuceo de mi voz trémula, refleja al menos, toda la orfandad del Claustro. Pasarán muchos años antes de que monseñor Carrasquilla halle un continuador en la serie de las oraciones fúnebres que deja como supremo legado a la república.

